

Historia y comunicación social

ISSN-e: 1988-3056

<https://dx.doi.org/10.5209/hics.92243>

Propaganda gubernamental, censura informativa y *fake news* durante la Primera Guerra Mundial

Juan Manuel Barceló Sánchez¹, Juan Pablo Mateos Abarca², David Álvarez Rivas³

Recibido el: 22/03/2023 / Aceptado el: 5/05/2023

Resumen. Las fake news son un concepto cuya existencia documental data de la cultura grecolatina. A lo largo de la historia, los imperios, reinos y estados-nación han transmitido noticias o relatos de difícil demostración o directamente falsos. La Primera Guerra Mundial fue el primer conflicto bélico planetario que dio lugar a una guerra paralela de desinformación, bulos y noticias incompletas. El análisis histórico de estas noticias engañosas y la censura de los países participantes en este conflicto desarrollado por los investigadores académicos olvidan este periodo de extraordinario surgimiento y difusión de noticias falsas publicadas en los medios de comunicación. Este trabajo trata de otorgar la relevancia que merece este triste periodo reciente en el relato histórico de las fake news.

Palabras clave: Fake news; periodismo; guerra mundial; propaganda gubernamental; censura informativa.

[en] Government Propaganda, News Censorship, and *Fake News* during the First World War

Abstract. Fake news is a concept whose documented existence dates back to Greco-Latin culture. Throughout history, empires, kingdoms and nation-states have transmitted news or stories that are difficult to prove or outright false. The First World War was the first planetary war that gave rise to a parallel war of disinformation, hoaxes and incomplete news. The historical analysis of this misleading news and the censorship of the countries participating in this conflict developed by academic researchers neglects this period of extraordinary emergence and dissemination of false news published in the media. This paper attempts to give this sad recent period in the historical account of fake news the relevance it deserves.

Keywords: Fake News; Journalism; First World War; Government Propaganda; News Censorship.

Sumario: 1.- Introducción y contexto. 2.- Objetivos. 3.- Metodología. 4.- Análisis y desarrollo. 4.1.- La censura informativa. 4.2.- La propaganda gubernamental. 4.3.- Informaciones falsas publicadas. 4.3.1.- Batallas y muertes que nunca existieron. 4.3.2.- Noticias fantástica y esotéricas. 4.3.3.- La atrocidad propaganda. 5. Conclusiones. 6. Bibliografía, referencias y fuentes.

Cómo citar: Barceló-Sánchez, J. M.; Mateos Abarca, J. P.; Álvarez Rivas, D. (2023). Propaganda gubernamental, censura informativa y noticias falsas durante la Primera Guerra Mundial. *Historia y comunicación social* 28(2), 407-418

1. Introducción y contexto

“La mentira, como negación de la verdad, ha acompañado al ser humano desde sus orígenes. No en vano, es precisamente la mentira la primera de las grandes fuerzas que mueven el mundo” (Revel, 1988). Las falsas noticias se remontan ya a la Antigua Grecia, como señalan De los Santos, Smith y Cohen (2018). Turner (1995) recuerda cómo Sócrates denunciaba a los sofistas por difundir mentiras entre las poblaciones griegas. Samboal (2023) hace referencia a los orígenes antiguos de la difusión de la mentira:

¹ Universidad Complutense de Madrid
E-Mail: jbarce01@ucm.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3953-3379>
E-Mail: jbarce01@ucm.es

² Universidad Complutense de Madrid
E-Mail: juanpmat@ucm.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8449-0072>
E-Mail: juanpmat@ucm.es

³ Universidad Complutense de Madrid
E-Mail: dalvarez@ucm.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4804-1234>

Partimos de la base de que la mentira “es tan vieja como el hombre, habita en su naturaleza. La mentira ha existido siempre. Obedece a la tentación de persuadir o manipular al otro con un determinado fin, en principio en favor de los intereses particulares del mentiroso o del grupo al que pertenece. Los libros dan fe de un sinnúmero de falacias que han logrado torcer el rumbo de la historia” (Samboal, 2023).

En su acepción moderna, las *fake news* aparecieron en el debate social en 2017, cuando el diccionario inglés Collins señaló a este vocablo como una de sus palabras del año definiéndolo como “una información falsa y a veces sensacionalista que se presenta como un hecho y que se publica y se extiende por internet” (Quin, 2017). Collins hizo suyo el término que se popularizó durante la campaña electoral de 2016 en Estados Unidos, cuando se acusó a Donald Trump de difundir noticias falsas (*fake news*) para auparse a la presidencia del país. Diferentes autores (Rodríguez-Andrés, 2018; Magallón, 2019; Cabezuelo y Manfredi, 2019) recogen en sus trabajos numerosos casos de noticias falsas durante dicha campaña, que fueron difundidas no sólo por los medios de comunicación sino, sobre todo, a través de las redes sociales. El apoyo del Papa Francisco a Trump, el abuso sexual de Bill Clinton a una niña menor, la orden que Hillary Clinton dio de asesinar al agente del FBI que la investigaba o su apoyo al Estado Islámico, son algunos de los ejemplos de *fake news* que circularon de modo viral por todo el mundo y que provocaron, entre otras cosas, la desconfianza generalizada hacia las noticias publicadas por los periodistas en los medios de comunicación, como señala Magallón (2019).

Por su parte, Sentí (2022) señala algunas directrices para la definición de *fake news*:

Para entender que una información falsa constituye desinformación se requiere que exista una intencionalidad maliciosa y/o estratégica de engañar al público, o para influir de determinada manera en la opinión pública. Dentro del concepto de desinformación encontramos como elementos constitutivos del mismo, la ocultación explícita de hechos o datos, las falsedades y la mentira o bulo (Sentí, 2022).

Si bien el vocablo *fake news* es de reciente cuño y está ligado a la aparición de las redes sociales, Salas (2019) destaca cómo está ligado históricamente con los medios de comunicación en términos más generales. La diferencia entre las noticias falsas de hace décadas o siglos y las actuales es sólo una cuestión de grado:

El poder de expansión de las noticias falsas ha dependido de los soportes existentes en cada época como papiros o pergaminos en la Antigüedad, libros en el Renacimiento y, desde el siglo XIX, periódicos impresos en masa, sonidos (la radio en la primera mitad del siglo XX), o imágenes (televisión en la segunda mitad del siglo XX). También ha dependido de la evolución de los medios de transporte y de comunicación: animal, mecánico y digital. La diferencia está en que ahora los medios de masas han acelerado el tiempo de difusión haciendo que las distancias no importen. (Salas, 2019).

No obstante, la interesante investigación de Salas (2019), incorpora las *fake news* durante el siglo XX, con todo lo que representa, circunscribiéndose únicamente a determinados medios y fechas del siglo XVIII y su comparativa con el siglo XXI. Dicha comparativa no deja de resultar atractiva, pues la diferencia de medios, canales, plataformas y tecnología entre los siglos es tan relevante como llamativa. Su trabajo es la comprobación analítica de que el concepto de *fake news* no depende de la técnica utilizada, sino de su concepto, que conlleva engaño, manipulación y falsedad implícita y permanece inalterable a lo largo de siglos, al igual que otros elementos inseparables de muchas actitudes del ser humano.

Por su parte, la investigación llevada a cabo por Alcott y Gentzkow (2017) muestra numerosos ejemplos de noticias falsas fabricadas y difundidas en las últimas décadas antes, incluso, de la aparición de las redes sociales: desde la publicación en 1835 en el diario *New York Sun* de varias noticias que aseguraban que había vida en la luna, hasta la falaz secesión de Flandes anunciada en 2006 por la televisión belga.

Berkowitz y Schwartz (2016) señalan a la prensa escrita del siglo XIX como la gran fuente de noticias falsas en su sentido actual. Así, consideran como los grandes creadores de noticias falsas a dos magnates de los medios: William Hearst y Joseph Pulitzer, quienes se valieron de sus respectivos periódicos, el *New York Herald* y el *New York*, para difundir noticias que les hicieran aumentar sus ventas, independientemente de que fuesen ciertas o falsas (Bhaskaran, Mishra y Nair, 2017).

Parra y Oliveira (2018) destacan cómo en tiempos más recientes todos tenemos en la memoria campañas de desinformación y bulos propagandísticos relacionados con vacunas, cambio climático, energía nuclear, curación de determinadas enfermedades o el impacto de la inmigración. El preciso análisis de Parra y Olivera (2018) sobre literatura científica publicada en temas concretos relacionados con las *fake news* en los últimos lustros muestra la ausencia de referencias a la Primera Guerra Mundial en tanto que un periodo de extraordinario florecimiento de noticias falsas en la prensa tanto europea como norteamericana.

Y es que si hay un capítulo de especial interés en la fabricación y divulgación de noticias falsas ese es el militar. Los actuales conflictos bélicos, plagados de noticias que aparecen y otras que se desmienten de forma continua y sistemática, han puesto el foco de atención en la utilización interesada de las noticias falsas como arma beligerante. Marcos-Recio, Sánchez-Vigil y Zaldúa (2017) señalan cómo lo que se conoce históricamente como propaganda de guerra, que incluye también a la radio y a los pasquines lanzados desde el aire, se fue transformando en otra manera de contar a la población lo que sucedía en los conflictos.

López Jiménez (2019) señala cómo las *fake news* han dejado obsoletas las estrategias militares tradicionales que operaban con variables como el terreno, el clima, la duración de las intervenciones o los contingentes humanos, dando paso a un nuevo escenario bélico en el que las noticias falsas son tan destructivas como lo fueron los proyectiles que surgían de las bocas de obuses y cañones, aunque, como señala Alandete (2018), con dos diferencias fundamentales que las convierten en armas de destrucción masiva: pueden ser lanzadas por personal no militar y los ataques se pueden producir en tiempos de paz.

De nuevo, López Jiménez (2019), en su estudio sobre las *fake news*, excluye de su análisis la Primera Guerra Mundial, centrándose, en esta ocasión, en determinados estadios clave de noticias falsas y manipuladas que datan del Imperio Romano hasta la crítica fecha para España de 1898. Ese año diversos medios de comunicación americanos usaron su capacidad de influencia sobre sus ciudadanos para divulgar supuestas atrocidades del ejército español en Cuba, siendo su punto álgido el supuesto torpedo español que alcanzó el acorazado americano *Maine*, con cientos de militares muertos. Esta falsedad, probada por las autoridades españolas, fue la excusa para que el ejército americano entrara en guerra con España, tomando Cuba con sus fuerzas de combate y expulsando a los españoles.

Se puede observar a lo largo de los estudios publicados en el contexto de la relevancia militar histórica que han tenido las noticias falsas, que la Primera Guerra Mundial es sistemáticamente excluida de los mismos, a pesar de la frecuencia y relevancia que tuvo el uso de las *fake news* en dicha contienda.

Este artículo quiere destacar la importancia que las noticias falsas y la propaganda gubernamental tuvieron en uno de los conflictos más sangrientos conocidos en nuestra historia reciente: la Primera Guerra Mundial, también conocida como la Gran Guerra en los países de influencia anglosajona.

2. Objetivos

El objetivo de este artículo es situar el periodo de la Primera Guerra Mundial como un capítulo importante en la historia de las *fake news*. Para mostrar la relevancia que las informaciones falsas tuvieron tanto en los países europeos como en Norteamérica nos basaremos en fuentes secundarias. Citaremos ejemplos documentados por investigadores cuyos estudios han sido reconocidos y citados por académicos desde su publicación.

3. Metodología

Este artículo realiza una revisión de la bibliografía publicada sobre censura informativa, propaganda, y noticias falsas durante la Primera Guerra Mundial. Nos centraremos en cuatro grandes áreas de la información que tuvieron una relevancia destacada en los medios de comunicación durante dicho periodo:

- la censura de los medios, una manera de falseamiento de la realidad muy extendida y recurrente para impedir la transmisión de noticias reales y verdaderas.
- la propaganda gubernamental, otra forma institucional de *fake news* alentada por los gobiernos de todos los países en conflicto.
- Las noticias falsas usadas por los gobiernos de ambos bandos a lo largo de los cincuenta y cuatro meses que duró la guerra.
- la conocida como *atrocities propaganda*, un apartado especial dentro de las noticias falsas publicadas durante el conflicto que mostraba la crueldad inmisericorde del ejército enemigo.

Se analizan algunos de los aspectos más destacados de dicha manipulación informativa, inducida por los políticos de los países beligerantes de uno y otro bando en la guerra, si bien los casos que citaremos son los que se dieron en la prensa de los países aliados (Inglaterra, Francia, Bélgica y Estados Unidos, entre los países principales) dado el silencio y la censura informativa que se dio en los países de las potencias centrales (Alemania y Austria-Hungría).

La revisión bibliográfica se realizó en 2021 con el portal de indicadores de la producción científica Dialnet. Los parámetros de búsqueda incluyeron los términos “primera guerra mundial” (3.812 documentos), “fake news” (1.482 documentos), “historia y fake news” e “historia de las fake news” (122 documentos en ambas búsquedas), “propaganda bélica” (223 documentos) y “noticias falsas en la historia” (104 documentos). Con esta base se filtraron los documentos relacionados, por un lado, con la Primera Guerra Mundial y, por otro, con los términos “fake news” y “propaganda”, con la proyección de estos conceptos a lo largo de la historia. Los datos pueden variar al alza en la actualidad, con la inclusión de nuevos estudios.

La selección posterior dio lugar a más de cien documentos, de los cuales se profundizó en cincuenta documentos. De la base documental se seleccionaron aquellos artículos y libros con relevancia para el desarrollo de la investigación, teniendo en cuenta que se trata de una investigación histórica con conceptos atemporales,

como son las “noticias falsas”. Finalmente, se citan en este trabajo de investigación 29 fuentes directas e indirectas (surgidas de fuentes matrices).

Los libros y autores seleccionados para mostrar los ejemplos de *fake news* que se publicaron durante la Primera Guerra Mundial, y que recogemos en la parte de desarrollo de este trabajo, se escogieron por su relevancia en el ámbito académico:

- Max Hastings: Periodista y divulgador histórico británico, se formó en la Charterhouse School y en el University College de Oxford. Fue durante muchos años corresponsal de guerra de la televisión BBC y el periódico londinense Evening Standard. Dirigió el Daily Telegraph y regresó como director al Standard en 1996, hasta su retiro, en 2001. Fue nombrado caballero en 2002. En el mundo académico es conocido especialmente como corresponsal de la Guerra de las Malvinas y como historiador de la Segunda Guerra Mundial.
- David Stevenson: historiador británico especializado en el período de la Primera Guerra Mundial. Profesor de Historia Internacional en la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres (LSE) desde 1982, se doctoró en Cambridge y recibió una beca de investigación Leverhulme en 2004 para la investigación del suministro y logístico en el periodo 1914-1918.
- Jesús Hernández: licenciado en 1989 en Geografía e Historia (especializado en Historia Contemporánea) por la Universidad de Barcelona, obtuvo la licenciatura en Ciencias de la Información en 1991, especialidad en prensa escrita, en la misma Universidad. Actualmente es asesor editorial del sello Tempus, editorial Roca, además de colaborador habitual de la revista Muy Interesante.
- AA. VV. en *La Gran Guerra: la Primera Guerra Mundial al descubierto*, editado por Plaza&Janés: este sello editorial del grupo Penguin Random House pertenece al grupo Berstelmann, cuya división de obras de no ficción ha publicado numerosos *best seller* sobre Historia, incluida la Primera Guerra Mundial. Este título en concreto recoge los trabajos del equipo de historiadores de Canal Historia para ofrecer un documento extenso acerca de dicho conflicto bélico.
- Gema Iglesias: profesora de la Universidad Complutense y especialista en Historia de la Propaganda. El portal bibliográfico Dialnet recoge un total de veinte obras suyas, entre las que se encuentra su tesis doctoral sobre propaganda política durante la Guerra Civil española y su libro sobre la propaganda en las guerras del siglo XX.
- Ingrid Schuze Schneider: profesora de Historia de la Comunicación Social en la Universidad Complutense. Dialnet recoge hasta 58 títulos suyos entre los que se incluyen 24 artículos de revistas, 21 colaboraciones en obras colectivas y su tesis doctoral acerca del sistema informativo de Bismarck.
- Alejandro Pizarroso Quintero: profesor de la Universidad Complutense y especialista en propaganda de guerra. El portal Dialnet recoge hasta 221 títulos suyos, entre los que se encuentran su tesis doctoral sobre prensa y política en la Italia de la postguerra, 21 tesis dirigidas, 27 artículos de revistas y once libros como autor único o principal.

4. Análisis y desarrollo

La Primera Guerra Mundial supuso el comienzo de una nueva era en lo que respecta al control interesado que tenían los países combatientes sobre la información que se publicaba en el mismo país o en el extranjero, y también en relación con la organización formal de la propaganda:

Las campañas que se iniciaron en 1914 adquirieron dimensiones hasta entonces desconocidas. Un verdadero diluvio de panfletos, carteles, caricaturas, fotografías, y, finalmente, también películas, inundó los países participantes en la guerra, desencadenando y exacerbando odios viscerales que llegaron, a veces, hasta la histeria. Al margen de los esfuerzos propagandísticos realizados en el propio país, había que defender la causa en el extranjero. Los aliados tenían grandes ventajas en este aspecto, ya que estaban mejor organizados que los países centrales y dominaban también las conexiones marítimas, vetadas para los germanos por el bloqueo marítimo inglés. La propaganda aliada tenía mucha más fuerza gracias al empleo de las imágenes de supuestas atrocidades de los alemanes, que eran mostradas al mundo. Fotografías, reales y trucadas, y panfletos de toda clase, mostraban a los bárbaros hunos quemando casas, violando mujeres y descuartizando niños, suscitando un odio generalizado contra el pueblo del Kaiser también en los países neutrales (Shulze, 2013: 15-30).

Por primera vez, las potencias contendientes dedicaron parte de sus hombres y medios para convencer a la opinión pública de la necesidad de la guerra. Había que mostrar la cara más amable del frente de guerra para atraer a miles y miles de jóvenes a las filas de reclutamiento, a la vez que se ocultaban los muertos y heridos para que el ánimo en la sociedad no decayera y se siguieran justificando los sacrificios que los gobiernos pedían a sus sociedades.

Siguiendo a Pizarroso (1990:228), se pueden distinguir tres fases generales en la evolución de la propaganda y el control de la información durante la Primera Guerra Mundial:

- Primera fase: abarca desde el comienzo de la Guerra a los primeros meses de 1915. Esta etapa se caracterizó por el predominio de la censura, el control de la información, y los enfrentamientos entre los propios medios y los organismos censores gubernamentales. La falta de información producida por la censura provocó que hubiera periódicos que llenaran sus páginas con alegatos patrióticos e historias inventadas. Comienza también en este período la conocida como *atrocities propaganda*, en la que los aliados, sobre todo los ingleses, se autoproclamaron como el ejército víctima de las crueldades alemanas, visión favorecida por la cruenta invasión de Bélgica y parte del territorio francés y ruso por parte de los alemanes.
- Segunda fase: se extiende desde mediados de 1915 a mediados de 1917. Se puede hablar ya de una identificación entre información y propaganda. Algunas historias de corresponsales de guerra exageran determinados aspectos de la realidad de los frentes y ocultan los aspectos más negativos de esta para los intereses de los respectivos gobiernos. Destaca la campaña inglesa dirigida a la opinión pública norteamericana para romper su neutralidad.
- Tercera fase: comienza con la entrada Estados Unidos en la guerra en 1917. En esta fase se consolidaron las organizaciones de información y propaganda en todos los países. Se reanudó también, con la misma fuerza que al principio de la Guerra, la propaganda basada en las atrocidades alemanas, reales o supuestas, y se iniciaron los primeros intentos de coordinación entre las distintas potencias aliadas. La moral alemana, en los últimos meses de la Guerra previos al armisticio, llegó al colapso total, y, por ello, hubo una reacción de contrapropaganda en Alemania que, a pesar de mejorar mucho respecto a las etapas anteriores, no consiguió contrarrestar los efectos de la propaganda aliada.

4.1. La censura informativa

Todos los países beligerantes pusieron a sus escritores y periodistas al servicio de sus intereses: había que promocionar y exaltar el estallido y la continuación de la guerra y, al mismo tiempo, controlar y prohibir toda noticia negativa que menoscabara el ánimo pro-belicista de la sociedad civil, aún a riesgo de falsear las informaciones que llegaban del frente, cuando no, directamente, ocultarlas al público.

Los gobiernos comenzaron por controlar el flujo de información que llegaba a las redacciones y siguieron por supervisar lo que se iba a publicar antes de que llegase a los puntos de distribución y venta. El resultado más pernicioso de esta estrategia fue que los pocos periodistas que no estaban de acuerdo con este sistema acabaron por autocensurarse para evitar problemas con las autoridades.

Ya durante el verano de 1914 las campañas patrióticas protagonizadas por los principales rotativos europeos llamaron la atención de los gobiernos sobre las ventajas que podía reportar el uso de los medios de comunicación en el contexto bélico (AA.VV., 2013). Durante los primeros compases de la guerra, en todos los países existía un respaldo general a favor de un control estricto de las noticias.

En las potencias beligerantes acabó generalizándose la censura de la prensa. Destacando el caso de los tres principales países en el conflicto:

- Francia: El 19 de septiembre de 1914, mientras miles de soldados franceses perdían la vida a diario en los campos de batalla, hubo una intensificación radical de la censura; se prohibió todo comentario editorial que realizara «ataques inmoderados contra el gobierno o el alto mando del ejército», al igual que «los artículos que promovieran la conclusión o suspensión de las hostilidades» (Becker et al., en Hastings, 2014). En los primeros días de octubre, el periódico del presidente francés Clemenceau, *L'Homme Libre*, quedó clausurado durante una semana, como castigo por haber desvelado la escandalosa desatención de los soldados heridos. Los ministros instaron a todas las cabeceras a dejar de publicar listas de bajas (*ibid.* 67-68). Los militares racionaron estrictamente la información y las prefecturas suprimieron los artículos que se consideraba pudieran dividir o desmoralizar a la opinión pública (*ibid.* 48-63). En el frente, los mandos militares franceses tenían orden de arrestar a todos los corresponsales en las áreas que controlaban, independientemente de su nacionalidad. Toda la información procedente del frente se distribuía a través de la agencia Havas, después de haber sufrido una severa censura militar. De hecho, la rigidez de la censura hizo perder el interés de los despachos de Havas, sobre todo hacia el exterior (Pizarroso, 1995: 236). Probablemente, la censura francesa fue durante la guerra la más severa de todas, incluso más que la misma censura alemana (Albert, en Pizarroso, 1996).
- Alemania: las CGA (comandancias generales adjuntas) desempeñaron un papel censor similar al de las prefecturas francesas (Deiszt, en Stevenson, 2013). En Alemania, no se impuso un freno riguroso al comentario editorial hasta 1915; pero después de que se estableciera una oficina central de la censura en Berlín, en octubre de 1914, quedó prohibido oficialmente todo análisis de los reveses o las derrotas militares; también la crítica de la alta política, el debate sobre los objetivos de la guerra y la discrepancia sobre los beneficios de la contienda. El filósofo berlinés Alois Riehl escribió: «nuestra primera victoria ha sido vencernos a nosotros mismos. Nunca un pueblo ha estado tan unido como en aquellos primeros, e inolvidables, días de agosto. Cada uno de nosotros sintió que vivía para el todo y

que el todo vivía en cada uno de nosotros» (Verhey, en Hastings, 2014). En 1917 se creó un servicio de prensa de guerra («*Kriegspresseamt*»), directamente dependiente del mando militar, que comprendía tres ramas: la censura, la información exterior y la información interior. Los periodistas se organizaron a través de una comisión orientada a colaborar estrechamente con las directrices del gobierno (Pizarroso, 199:35).

- Gran Bretaña: el gobierno recurrió más a la autocensura mediante acuerdos con los propietarios y los directores de los periódicos, aunque contó con el respaldo de los poderes que le concedía la DORA o Ley de defensa del Reino (Hopking, en Stevenson, 2013). El célebre escritor Arthur Conan Doyle, creador de Sherlock Holmes, alegaba en el panfleto *¡A las armas!*:

«Feliz el hombre que puede morir con el pensamiento de que, en la mayor de sus crisis, había prestado un servicio máximo a su país» (Hastings, 2014). El 18 de octubre, cincuenta y cuatro conocidos escritores suscribieron conjuntamente un artículo del *New York Times*, titulado «*Famosos autores británicos defienden la guerra de Inglaterra*» (*ibid.*). De la censura se encargaba el *Press Bureau*, fundado el 5 de agosto de 1914. Estaba dividido en cuatro secciones: el *Cable Department*, encargado de la censura de los telegramas emitidos o recibidos por los periódicos; la *Naval Room*, dedicada a la información sobre la escuadra marítima; el *Issuing Department*, que centralizaba la información gubernamental dirigida a la prensa, y la *Military Room*, que se encargaba de todo el material periodístico salvo de los telegramas. Poco tiempo después, se creó una sección en el ministerio de asuntos exteriores encargada de distribuir información oficial a los corresponsales de los países aliados y de los países neutrales (Pizarroso, 1995:240).

En general, la población europea se dio cuenta de que la información que se le proporcionaba estaba manipulada o era incompleta, y pronto comenzó a cansarse de que se les engañase (VV.AA., 2014) en septiembre de 1916: «La prensa francesa nunca ha revelado la verdad, ni siquiera la verdad que es posible desvelar pese a la censura. Por el contrario, se nos ha sometido al bombardeo pesado de la palabrería elocuente, del optimismo desenfrenado, de la sistemática difamación del enemigo, de una férrea determinación de ocultar los horrores y desgracias de la guerra, ¡y después lo han tapado todo bajo una máscara de idealismo moralizante!» (*ibid.*).

Pero esto no era algo exclusivo de Francia. Las potencias centrales practicaban una censura tan férrea como la de sus enemigos. La opinión del escritor Stefan Zweig daba buena cuenta de ello:

«...por desgracia, el servicial camarero me trajo un periódico vienés. Intenté leerlo, pero entonces me asaltó una sensación de asco en forma de auténtica ira. Estaban ahí todas las frases sobre la irreductible voluntad de victoria, sobre las pocas bajas de nuestras tropas y las muchas del enemigo. ¡Desde aquellas páginas me acometió, desnuda, enorme y desvergonzada, la mentira de la guerra! No, los culpables no eran los paseantes, los indolentes y los despreocupados, sino única y exclusivamente aquellos que con sus palabras instigaban a la guerra. Pero también lo éramos nosotros, si no dirigíamos contra ellos las nuestras» (Zweig, en VV.AA., 2013).

Sin embargo, pese al conocimiento por parte de la población de la censura que sus políticos ejercían sobre las informaciones publicadas, no hubo una contestación popular contra los gobiernos. Probablemente, la razón sea que la prensa no fue el único medio que explotaron los gobiernos para intentar influir en el ánimo de sus ciudadanos. Al contrario: el desarrollo tecnológico e industrial puso a su alcance otros resortes más inmediatos y directos como el cine y los carteles publicitarios, entre otros (A.A. V.V., 2013).

4.2. La propaganda gubernamental

Estrechamente relacionada con la censura, la propaganda fue la otra actividad preferida por los gobiernos para controlar el ánimo de la población civil durante los años que duró la contienda. Iglesias (1997:11) señala como referencia para el estudio de la propaganda el modelo de Domenach en su obra *La propaganda política* (2002) y Frade en *La Guerra psicológica* (1967). Ambos estudios han conseguido señalar una serie de características comunes a todos los sistemas de propaganda. La Primera Guerra Mundial reúne todos y cada uno de los presupuestos que definieron dichos autores:

- Simplificación y enemigo único: *leit motiv*.
- Exageración y desfiguración del tema elegido.
- Repetición de una idea central y variación de las secundarias.
- Transfusión o utilización de los mitos y prejuicios tradicionales.
- Unanimidad y contagio: aceptar la opinión más generalizada.
- Transferencia o testimonio: establecer la sanción oficial y el respeto a la autoridad.
- Lenguaje coloquial, coherente y persuasivo.
- Contrapropaganda. Adoptaba las mismas técnicas que la propaganda y su objetivo era la desmoralización del enemigo atacando sus puntos débiles, para favorecer las intenciones del emisor.

La batalla de la propaganda resultó vital durante la Primera Guerra Mundial, y algunos de sus virajes importantes se debieron, en buena medida, al trabajo desarrollado en los medios de comunicación (AA. VV. 2013). Los gobiernos descubrieron que, para influir en el sistema de valores de sus ciudadanos y en su conducta, era muy útil difundir información a través de los medios de comunicación masivos. Estos mensajes podían contener información verdadera, aunque incompleta y no contrastada, pero también podía ser falsa; lo único importante era convencer a la opinión pública. La información era normalmente presentada con una alta carga emocional, apelando a la afectividad más que al raciocinio. Se solía insistir en la defensa de los valores patrióticos, el odio hacia el enemigo, el amor hacia a los seres queridos o la explotación de los miedos personales.

Con el fin de justificar el esfuerzo de guerra y los enormes sacrificios que debían asumirse, como la muerte de un hijo o un marido, fue necesario presentar al enemigo como un bárbaro sediento de sangre al que era necesario detener a tiempo si uno no quería ver cómo penetraba en su propio hogar y asesinaba salvajemente a toda su familia.

4.3. Informaciones falsas publicadas.

4.3.1. Batallas y muertes que nunca existieron

Quienes afirman hoy en día que los medios de comunicación modernos tienen una tendencia sin igual a la hipérbole, la fantasía y el engaño, deberían fijarse en la locura de rumores e invenciones que se apoderó de la prensa mundial en 1914. La aparición de noticias falsas o falseadas en periódicos y revistas fue muy frecuente. Para los ciudadanos en los países de origen era muy difícil tener una idea aproximada de cuanto sucedía en el frente.

Incluso para los periodistas resultaba una tarea muy difícil discernir entre el trigo de los hechos y la cizaña de los bulos y las exageraciones. Pocos de ellos a los que se pidió escribir sobre la guerra tenían algún conocimiento sobre los asuntos militares y tal ignorancia quedaba lamentablemente muy a menudo en evidencia (Hastings, 2014). Muchos periódicos exageraban las debilidades del enemigo, su moral decaída o su escasez de alimentos. La aparición de la guerra de trincheras fue recibida por la prensa francesa, al principio, como una innovación cobarde de los alemanes, ridiculizados como «topos». Si bien, en descargo de los corresponsales enviados a cubrir el conflicto, hay que admitir que algunas de las carencias de los periódicos no eran culpa suya sino la consecuencia de la negativa de los gobiernos a comunicar hechos o permitir que los periodistas visitaran el frente.

Max Hastings señala en su obra el modo exponencial en que proliferaron los partes de guerra falsos publicados en los diarios franceses, ingleses, alemanes y austríacos. He aquí algunos ejemplos:

- El *Daily Mail* publicó un relato detallado de una victoria naval completamente ficticia.
- *The Times* publicó un cálculo desmesurado a partir de la lista de bajas, según la cual el ejército británico habría perdido el 40% de sus oficiales en tan solo un mes de combate.
- Los periódicos franceses fueron especialmente entusiastas con las noticias relativas al príncipe heredero alemán, al mando de un ejército en campaña. El 5 de agosto fue víctima de un intento de asesinato en Berlín; el 15, resultó gravemente herido en el frente francés y fue trasladado a un hospital; el 24 sufrió otro intento de asesinato; el 4 de septiembre se suicidó; luego resucitó, pero para caer herido, otra vez, el 18 de octubre; el día 20, su esposa lo estaba velando en el lecho de muerte; sin embargo, el 3 de noviembre se certificó que estaba loco.
- De nuevo, *L'Eclair* de Niza publicó un choque inventado entre la Marina Real y la Flota de Alta Mar, en el mar del Norte, en el que los británicos habrían perdido dieciséis acorazados, entre los que estarían los *Iron Duke*, *Lion* y *Superb*.

No sólo se publicaron partes de guerra falsos. La imaginación de periodistas y escritores se exacerbó hasta tal punto que empezaron a proliferar historias sobrenaturales y esotéricas. El contexto de la guerra fue el ideal para el surgimiento y la propagación de historias de seres sobrenaturales. Una profusa ola de locura de rumores e invenciones se apoderó de la prensa mundial en 1914. Los mitos y las leyendas que surgieron en las trincheras del frente occidental inundaron páginas de diarios y revistas (*ibid.*).

A continuación, hacemos un breve repaso de algunas de las leyendas sobrenaturales más extendidas en los años de la contienda, todas ellas publicadas en periódicos y revistas de la época como informaciones ciertas.

4.3.2. Noticias fantásticas y esotéricas

La batalla de Mons fue la primera gran derrota del ejército inglés en la Primera Guerra Mundial en agosto de 1914. Tras la retirada de las tropas británicas después de su encuentro con el ejército alemán, numerosos soldados ingleses afirmaron haber visto en el cielo una legión de ángeles que les protegieron durante la retirada. La veracidad de estas visiones, atribuidas posteriormente al extremo cansancio de los soldados británicos, se

originó en un cuento publicado por el periodista Arthur Machen en el rotativo londinense *Evening News*, al cierre del mes siguiente a la batalla, titulado «*Los arqueros*».

Varios diarios empezaron a publicar historias inverosímiles acerca de estos ángeles salvadores. Las descripciones del que, a partir de entonces, sería conocido como el ángel de Mons diferían de un periódico a otro, ya que unos aseguraban que no se trataba de un ángel sino del mismísimo San Jorge, patrón de Inglaterra, enarbolando la misma lanza con la que mató al dragón, en lugar de la espada en llamas. Otras fuentes aseguraban que no era uno solo el ángel aparecido para proteger a los ingleses, sino que se trataba de varios de ellos o incluso de toda una legión, por lo que este fenómeno se conoce también como el caso de los ángeles de Mons. El que las revistas publicaran también fotografías en las que aparecían interpretaciones artísticas sobre lo que supuestamente habían visto los soldados ayudó a consolidar el mito, puesto que muchos creyeron que se trataba de imágenes reales, tomadas en el campo de batalla (Hernández, 2007).

Algunas publicaciones reprodujeron la anécdota aprovechándola para enardecer el valor patriótico de la población, e, incluso, en el frente, la historia se hizo muy popular, no faltando quienes creían en su veracidad. Hacer creer que las tropas enviadas al frente contaban con algún tipo de protección divina era un rentable ejercicio de propaganda que fue inmediatamente explotado, como se había hecho en otras guerras desde los tiempos más antiguos (A.A. V.V., 2013).

Muy popular fue también la historia de los arqueros celestiales que salvaron de la muerte a los soldados patrios ingleses. El 29 de septiembre el escritor galés Arthur Machen, conocido por sus relatos de terror, publicó en el periódico *Evening News* un artículo titulado «*Los arqueros*», en el que, usando una prosa romántica y evocadora, dejaba volar su imaginación. La idea principal que desarrollaba en él era que la milagrosa salvación de la fuerza británica se había debido a que los espíritus de los arqueros ingleses que habían combatido en la batalla de Azincourt (una de las victorias más brillantes de los ingleses durante la guerra de los Cien Años, en 1415) habían protegido a los soldados lanzando flechas letales que habrían ocasionado heridas invisibles a los alemanes. Parece que su definición de estos espectros como «figuras resplandecientes» fue interpretada espontáneamente como si de ángeles de la guarda se tratase, y, en ese sentido, lo que era un alambicado ejercicio de ficción acabó interpretándose como una realidad. Varias publicaciones reprodujeron la anécdota aprovechándola para enardecer el valor patriótico de la población (A.A. V.V., 2013). Cuando Machen intentó aclarar el malentendido con la publicación de una nota en el mismo rotativo ya era demasiado tarde y el mito había cobrado vida propia (Hernández, 2007).

Una de las historias fantásticas que adquirieron carta de realidad durante la Primera Guerra Mundial, por el simple hecho de aparecer publicada, fue la de las niñas jugando con hadas en un jardín. Las fotografías causaron sensación en toda Inglaterra. El mismísimo autor de Sherlock Holmes, Sir Arthur Conan Doyle, presentó aquellas fotografías al público como prueba irrefutable de que las hadas existían. Cottingley empezó a recibir visitantes y a conocerse como *Fairyland* (Tierra de las Hadas). Hasta el conductor local de autobús gritaba «¡*Fairyland!*!» para avisar a los pasajeros de que habían llegado a su destino. Setenta años más tarde, su autora confesó el fraude. El hecho de que unas fotografías, falsas, fueran reproducidas en un periódico, les había conferido veracidad de inmediato.

Otra variante de la leyenda de los ángeles salvadores era la del conocido como «*Comrade in White*» (compañero de blanco). En este caso, cuando en plena batalla un soldado se hallaba en

una posición apurada, en la que temía perder la vida de un momento a otro, o se encontraba gravemente herido, se le aparecía un ser luminoso, vestido de blanco, que le susurraba palabras de ánimo y que era habitualmente identificado como Jesucristo. Esta visión disfrutó de mucho predicamento en la prensa a lo largo de 1915, incluyéndose relatos pormenorizados de esos encuentros. En uno de ellos, publicado por la revista *Life and Work*, un soldado anónimo destinado a un frente no identificado —es decir, una fuente de todo crédito— explicaba que otro soldado llamado George Casey le había explicado su experiencia. Durante un ataque, Casey había resultado herido en ambas piernas, cayendo en el fondo de un cráter. Sin poder moverse, intentó llamar la atención de sus compañeros, pero no lo logró y llegó la noche. En plena oscuridad apareció una figura vestida de blanco. Con sus palabras de consuelo le embargó un confortante sentimiento de paz. Seguidamente le levantó con sus brazos sin esfuerzo aparente y le llevó a una especie de cueva, en donde lavó y cuidó sus heridas. El soldado pudo observar que él también presentaba heridas en las manos y los pies, a lo que la figura le respondió: «son heridas muy antiguas». Al llegar el día, la figura desapareció y Casey pudo regresar a sus líneas sano y salvo (Hernández, 2007)

Uno más de los mitos consagrados como verdaderos en las imprentas de los periódicos fue el del regimiento desvanecido. En 1965 apareció en una publicación de Nueva Zelanda, *Spaceview*, un artículo que recogía el testimonio de varios soldados de esta nacionalidad que

combatieron en Gallípoli, integrantes de la tercera sección de la 1.^a Compañía Neozelandesa. Los hechos supuestamente habían ocurrido en la mañana del 21 de agosto de 1915 en la Colina 60 de la bahía de Suvla. Un regimiento aliado desapareció entre las brumas en la costa de la península de Gallípoli sin que se volviera a saber nada de ellos.

La primicia de *Spaceview* no pasó de tener una cierta repercusión local, pero, en marzo del año siguiente, la edición del reportaje en la revista norteamericana *Flying Saucers* proporcionó al hecho difusión mundial.

Al acabar la guerra, los británicos llevaron a cabo indagaciones para saber qué había ocurrido con esos hombres que nunca regresaron. Averiguaron que los soldados de Norfolk habían sido aniquilados por las ametralladoras turcas. Los supervivientes no fueron hechos prisioneros, sino que fueron asesinados a sangre fría. En unas fosas comunes halladas en otoño de 1919 en Anafarta se encontraron los cadáveres de todos ellos.

«Se había levantado el día muy claro, como correspondía a un hermoso día del Mediterráneo, sin nubes a la vista, exceptuando únicamente seis o siete en forma de panes que aparecían en lo alto, sobre la Colina 60. Se advirtió que, a pesar de que soplabá un viento de seis o siete kilómetros por hora, aquellas nubes no se movían ni cambiaban de forma. Desde nuestra posición, situada a una altura de unos 150 metros y sobrepasando más o menos en 90 la elevación de la Colina 60, podíamos distinguir otra nube idéntica, pero muy baja, que parecía arrastrarse por el suelo. Podría medir 250 metros de longitud por unos 60 de anchura y altura. Cerca de la zona donde se combatía, la nube apareció extrañamente densa, casi sólida a la vista, reflejando cegadoramente la luz del sol (...). Desde nuestro ventajoso observatorio dominábamos la Colina 60 en unos noventa metros. Como se comprobó después, la extraña nube se hallaba tendida a lo largo de un torrente seco o camino profundo, y veíamos perfectamente los lados y los extremos de la nube, que, como digo, descansaba en el suelo. Su color era gris claro, como el de las otras nubes.

Unos centenares de hombres del 4.º Regimiento de Norfolk (británicos) escalaban el lecho [...] lo, pero en cuanto la nube aislada del suelo se elevó hasta su nivel, se alejaron todas hacia el norte, es decir, hacia Tracia (Bulgaria). En cuestión de unos tres cuartos de hora, habían desaparecido de nuestra vista. El regimiento en cuestión se considera “desaparecido” o “exterminado” y cuando Turquía se rindió, en 1918, la primera cosa que Inglaterra exigió a Turquía fue la devolución de este Regimiento. Turquía contestó que no lo había capturado ni había establecido contacto con él, pues ni siquiera sabía que existiese. En la guerra de 1914-1918, un Regimiento británico podía comprender desde 800 a 4.000 hombres. Los que presenciaron este incidente aseguran que Turquía no capturó a este regimiento, ni estableció contacto con él. Nosotros, los abajo firmantes, aunque mucho tiempo después de lo sucedido, o sea, en el 50.º aniversario del desembarco de los ANZAC declaramos que el incidente antes descrito es cierto de la primera a la última palabra». (Hernández, 2007).

4.3.3. La *atrocidad* propaganda

Junto a los partes de guerra falsos y las historias sobrenaturales, durante la Primera Guerra Mundial fue muy común la publicación de noticias que, supuestamente, revelaban la crueldad del ejército enemigo.

Pizarroso señala cuáles fueron los aspectos más significativos de este tipo de bulos conocidos como la *atrocidad propaganda*, es decir, la difusión de historias de las atrocidades cometidas por el enemigo con el fin de desacreditarle, independientemente de que respondieran a la realidad o fueran inventadas.

Fueron, en líneas generales, tres los tipos de crueldades más ampliamente explotados:

- Masacres: como la de los armenios a manos de los turcos, supuestamente impulsada por los alemanes.
- Mutilaciones: como la mano cortada de un niño belga por el filo de la bayoneta alemana o los ojos arrancados
- Maltratos: tanto de soldados prisioneros como de la población civil. La invasión de Bélgica y los horrores que provocaron las tropas alemanas a la población de los pueblos que invadieron son un claro ejemplo.

El abuso de este tipo de contenidos en la propaganda de guerra tuvo una repercusión para el futuro: los aliados, en la segunda guerra mundial, se mostraron excesivamente prudentes para difundir las noticias y documentos de que disponían sobre las atrocidades, esta vez todas reales, de los campos de concentración nazis, precisamente por el temor de suscitar la desconfianza del público que había llegado a conocer la falsedad de la propaganda que había sido difundida en la Primera Guerra Mundial (Pizarroso, 1990:229).

Terminamos con el relato de tres de las historias más extendidas acerca de la crueldad de los ejércitos enemigos y que tanta difusión tuvieron en la prensa durante los años de la contienda:

- La invasión de Bélgica por los alemanes al principio de la guerra.
- El procesamiento de los cadáveres enemigos para obtener grasa, entre otras cosas.
- El mito del soldado crucificado, que tanta indignación causó en los ejércitos aliados, sobre todo el canadiense.

La invasión de Bélgica por parte de las tropas alemanas fue el pistoletazo de salida a las campañas de propaganda. Aún estaba fresco en Alemania el recuerdo del hostigamiento belga sobre los batallones alemanes, que cayeron entonces por la acción de los francotiradores o por golpes de mano llevados a cabo por guerrilleros. En agosto de 1914, la reedición de esas acciones aisladas de resistencia armada se encontró con una respuesta desproporcionada por parte de los alemanes.

Fueron numerosas las localidades en las que se produjeron ejecuciones masivas de civiles inocentes. Para auto justificar estas matanzas, los propios alemanes pusieron en circulación historias de mujeres y niños belgas arrojando aceite hirviendo por las ventanas al paso de las columnas germanas, envenenamientos, secuestros de soldados que aparecían luego con la lengua cortada e incluso la existencia de cubos rebosantes de ojos arrancados a los alemanes capturados. Estos relatos eran publicados en la prensa germana y, cuando eran leídos en el frente, ya fuera en los diarios o en las cartas remitidas por los familiares, los soldados quedaban influidos psicológicamente para aceptar sin reparos morales las órdenes que implicasen el asesinato de civiles (Hernández, 2007).

En el bando contrario, las sugestivas imágenes y relatos de la «violación» de Bélgica y de sus mujeres, así como la necesidad de proteger a una Bélgica «femenina» del desenfreno de una Alemania «masculina», llevaron a muchos ingleses a alistarse al ejército (A.A. V.V., 2013).

La destrucción de Lovaina y el bombardeo de la catedral de Reims se convirtieron en armas formidables, a la hora de promover la tesis de los aliados: defender los valores de la civilización frente a la barbarie germánica. En Francia, sobre todo, donde antes de la guerra había una honda división entre católicos y laicos, la aversión hacia todo lo alemán demostró ser una fuerza unificadora (Hastings, 2007).

Las atrocidades reales cometidas por las tropas del káiser en suelo belga pusieron también en marcha la máquina propagandística aliada. El objetivo era presentar a los alemanes como los nuevos «*hunos*» pero, en este caso, los aliados, y especialmente los británicos, se mostraron más ingeniosos e imaginativos en la invención de historias truculentas. Una de las más famosas es la supuesta fábrica de procesamiento de cadáveres. En abril de 1917 la prensa británica se hizo eco de un supuesto informe secreto capturado a los alemanes, en el que se explicaba el proceso por el que los cadáveres humanos resultantes de la campaña militar en el oeste, tanto propios como enemigos, eran hervidos en grandes calderas y tratados para extraer la grasa, con destino a la fabricación de velas, jabón, lubricantes o glicerina para la fabricación de explosivos. Los huesos eran molidos en molinos especiales para ser añadidos a la comida para los cerdos. Los ciudadanos británicos, como no podía haber sido de otro modo, se escandalizaron ante esta muestra de barbarie y quedaron confirmados en su convencimiento de la innata brutalidad germana, ya que no mostraban piedad ni siquiera con los soldados caídos en la guerra. Con el paso de los días, comenzaron a aparecer en la prensa nuevos detalles de estas siniestras fábricas. Los aceites extraídos los cuerpos eran hervidos con carbonato de soda y el producto resultante era enviado a los fabricantes alemanes de sopa. Un periodista, recreándose en el bulo, aseguró que cuando llegaban partidas de sopa de sobre a Holanda, estas eran enterradas con honores militares... Un soldado británico aseguró al *New York Times* que un alemán le confesó que la grasa de los cuerpos era para fabricar margarina para la población civil (Hernández, 2007).

Otra historia de resonancias religiosas fue la del soldado crucificado, que, en sus distintas versiones, fue uno de las más utilizados para denunciar la supuesta brutalidad de los alemanes. Tanto en el frente, como en varios periódicos de Reino Unido, Estados Unidos y Canadá, se recogieron los rumores de que los alemanes habían capturado a un soldado canadiense y lo habían martirizado a la vista de sus compañeros crucificándole, usando bayonetas para fijar su cuerpo a la cruz (A.A. V.V. 2013).

The Times garantizó la veracidad del relato insistiendo en que, según el testimonio de unos soldados heridos que habían llegado a un hospital de Ypres, unos miembros de los «*Dublin Fusiliers*» eran los que habían asistido a la dramática escena. Al día siguiente, en Canadá, el *Toronto Star* ofrecía más detalles; después de muerto, el cuerpo del compatriota había sido pasado por la bayoneta sesenta veces. El detalle había sido confirmado por un soldado neozelandés, que lo había escuchado de boca de un capitán canadiense momentos antes de morir en un hospital de Boulogne. El capitán le había dicho el nombre del soldado crucificado, pero el neozelandés no lo recordaba: tan solo sabía que era un sargento.

Mientras, en un periódico de Los Ángeles se aseguraba que eran dos los soldados canadienses crucificados. El lugar de la crucifixión también variaba según la fuente; unos decían haberlo visto en una cruz, otros en un árbol, en la pared de madera de un granero, en una puerta o en una valla (Hernández, 2007).

5. Conclusiones

La Primera Guerra Mundial marcó un antes y un después en el desarrollo del periodismo. Los diarios se convirtieron en imprescindibles para informar a millones de familias acerca del devenir del conflicto, cuyos jóvenes fueron destinados al frente de guerra. Ante esta inesperada difusión, la prensa fue objeto codiciado por los gobiernos, interesados en divulgar noticias falsas y campañas de propaganda que mantuvieran alto el deseo de guerra en la sociedad, al tiempo que les permitiera mantener a raya, con una férrea censura, las trágicas noticias que a diario llegaban de todos los frentes de guerra abiertos.

Los investigadores que han estudiado el fenómeno de las *fake news* desde la Antigüedad hasta nuestros días no mencionan a la Primera Guerra Mundial como un hito relevante en la historia del periodismo y la comunicación social en tanto que fue un periodo muy fructífero en la generación y difusión de este tipo de noticias, como así atestiguan autores como Stevenson, Hastings, Iglesias y Hernández. Tal y como se muestra en los trabajos

de Pizarroso sobre propaganda gubernamental, noticias falsas y censura informativa de los autores citados en este artículo, durante los cuatro años que duró el conflicto armado se publicó todo tipo de información falsa tanto de las filas enemigas como del propio ejército.

Además, dada la relevancia de los medios a través de los cuales se difundieron, las noticias falsas tuvieron un amplísimo eco social. Periódicos como *The Times* o *Daily Mail*, por citar algunos, no dudaron en mostrar en sus páginas hechos y datos ficticios.

La fuerte presión política sobre los medios para controlar la información mediante la censura y la propaganda propició la difusión de todo tipo de noticias que no se ajustaban a la realidad sino a los intereses de los gobiernos por mantener la moral alta entre sus filas y en sus respectivos países al tiempo que fomentaban el odio al país enemigo a través de relatos que mostraban su crueldad inhumana en lo que, posteriormente, se denominó la *atrocidad propaganda*.

Así, la fantasía y el engaño en la prensa alcanzó cotas tan altas durante la guerra que para los ciudadanos resultaba difícil discernir entre una noticia verdadera y una falsa. No sólo, para los periodistas también resultaba complicado separar la verdad de las exageraciones y los bulos dado el escaso conocimiento que se tenía sobre los asuntos militares.

En los periódicos proliferaron partes de guerra falsos, historias sobrenaturales y esotéricas, mitos y leyendas sobre ángeles salvadores, hadas y arqueros celestiales que ayudaban a los soldados.

Además, la propaganda gubernamental se llevó al extremo de crear y difundir noticias que relataban masacres, mutilaciones y maltratos inexistentes por parte del ejército enemigo, la conocida como *atrocidad propaganda*.

Si bien estudiosos de las *fake news* como Salas, Parra y Oliveira, Recio et al., López, Cabezuelo-Lorenzo y Manfredi-Sánchez, Allcott y Matthew no incluyen a la Primera Guerra Mundial en sus investigaciones, historiadores de la Primera Guerra Mundial como Stevenson, Hastings y Hernández y académicos como Pizarroso e Iglesias aportan suficientes evidencias y ejemplos de publicaciones de noticias falsas durante la Gran Guerra como para que esta merezca su sitio en el relato diacrónico de las *fake news* dentro de los estudios sobre la historia del Periodismo.

6. Bibliografía, referencias y fuentes

- Alandete, D. (2019). *Fake News: la nueva arma de destrucción masiva*. Bilbao: Deusto.
- Albert, P. (1972). «La Presse Française de 1871 à 1940». En Godechot, J.; Terrou, F. y Bellanger, C. *Histoire Générales de la Presse Française de 1871 à 1940*. París: Presses universitaires de France, Vol 3.
- Allcott, H. y Matthew, G. (2017). “Social Media and Fake News in the 2016 Election.” En: *Journal of Economic Perspectives*, nº 31, Vol. 2, p. 211-36. <https://doi.org/gc5t4c>
- AA., VV. (2013). *La Gran Guerra: La Primera Guerra Mundial al descubierto*. Barcelona: Plaza & Janes Editores.
- Bhaskaran, H., Mishra, H. y Nair, P. (2017). “Contextualizing Fake News in Post-Truth Era: Journalism Education in India”. En: *Asia Pacific Media Educator*, nº 27, Vol. 1, p: 41-50. <https://doi.org/10.1177/1326365x17702277>
- Becker, J. J.; Pomerans, A. y Winter, J. (1986). *The Great War and the French People*. Providence: Berg Publishers. <https://doi.org/10.1086/600420>
- Berkowitz, D y Schwartz, D. (2016). “Miley, CNN and the onion: When fake news becomes realer than real”. En: *Journalism Practice*, nº 10, Vol. 1, p: 1-17. <https://doi.org/gcx6cp>
- Cabezuelo-Lorenzo, F. y Manfredi-Sánchez, J. L. (2019). “Posverdad, fake-news y agenda política en el discurso de Trump en Twitter”. En: *Historia y Comunicación Social*, nº 24, Vol. 2, p: 471-483. <https://doi.org/10.5209/hics.66291>
- Deist, W (1990). “Censorship and Propaganda”. En Becker y Audoin-Rouzeaud. *Les Sociétés Européennes*. París: Becker, p: 201-204.
- De los Santos, T. M.; Smith, E. y Cohen, M. (2018). “Targeting Truth: How Museums Can Collaboratively Address Social Issues”. En: *Journal of Museum Education*, nº 43, Vol 2, p: 104-113. <https://doi.org/10.1080/10598650.2018.1457842>
- Domenach, J. (2002). *La propaganda política*. Buenos Aires: Eudeba.
- Frade, F. (1967). *La guerra psicológica*. Madrid: Compañía Bibliográfica española.
- Hastings, M. (2014). *1914: El año de la catástrofe*. Barcelona: Crítica.
- Hernández, J. (2007). *Todo lo que debe saber sobre la primera guerra mundial: 1914-1918, las campañas, personajes y hechos clave del conflicto bélico que cambió la historia del siglo XX*. Madrid: Nowtilus.
- Iglesias, G. (1997). *La propaganda en las guerras del siglo XX*. Madrid: Arco Libros.
- López, J. E. (2019). “Fake news, munición de guerra”. En: *Revista Ejército*, nº 945, p: 10-13.
- Magallón, R. (2019). *Unfaking news: cómo combatir la desinformación*. Madrid: Ediciones Pirámide. <https://doi.org/10.5209/esmp.64838>
- Recio, J. C. M.; Vigil, J. M. S. y Zaldua, M. O. (2017) «La enorme mentira y la gran verdad de la información en tiempos de la postverdad». En: *Scire: representación y organización del conocimiento*, nº 1, Vol. 2, p: 13–23. <https://doi.org/10.54886/scire.v1i2.4446>
- Parra, P. y Oliveira, L. (2018). Fake news: una revisión sistemática de la literatura. En: *Observatorio (OBS*) Special Issue*. p: 54-78. <https://doi.org/ggtfsf>
- Pizarroso, A. (1990). *Historia de la propaganda*. Madrid: Eudema.
- Quin, R. (2017). “Collins 2017 word of the year shortlist”. En: <https://shre.ink/QDdR> . 2 de noviembre de 2017. Recuperado el 21 de octubre de 2022.

- Revel, J. (1988, ed. 2022). *El conocimiento inútil*. Barcelona: Página indómita.
- Rodríguez-Andrés, R. (2017). “Trump 2016: ¿presidente gracias a las redes sociales?”. En: *Palabra clave*, nº 21, Vol 3, p: 831-859. <https://doi.org/10.5294/pacla.2018.21.3.8>
- Samboal, A. (2023). “Las ‘fake news’ de hoy, las mentiras de siempre”. En: *Revista Tribuna Norteamericana*, nº 38, p: 8-13.
- Salas, C. (2019). “La primera *fake news* de la historia”. En: *Historia y comunicación social*, nº 24, Vol. 2, p: 411-431. <https://doi.org/10.5209/hics.66268>
- Schulze, I. (2013). “Los medios de comunicación en la primera guerra mundial: todo por la patria. En: *Historia y comunicación social*, nº 18. <https://doi.org/j9cd>
- Sentí, C. (2022). “La mentira entre estados y la seguridad nacional”. En: *Cuadernos Constitucionales*, nº3, p: 117-130. <https://doi.org/10.7203/cc.3.25827>
- Stevenson, D. (2013). *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Debate.
- Turner, E. G. (1995). *Los libros en la Atenas de los siglos V y IV a.d.C.* Madrid: Alianza editorial.
- Verhey, J. (2000). *The Spirit of 1914: Militarism, Myth, and Mobilization in Germany*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1162/jinh.2001.32.1.129>
- Zweig, S. (2003). *El mundo de ayer: Memorias de un europeo*. Barcelona: El Acantilado.